Sobre el Nombre de Jesús

Por Rama P. Coomaraswamy

> "Deus humilium celsitudo, qui beatissimum Joannem Columbinum, confessorem tuum tilectissimum, tantae charitatis in te ardore inflammasti, ut Jesu nomen desideratissimum Filii tui suo vivido corde et ore semper habere meruerit: concede quaesumus, ut ejus meretis et precibus ita in tuo nomine et amore incendamur, ut mente et corde te unice super omnia diligamus et promissa humilibus praemia consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum…"

De la Misa de San Juan Colombino
(Acta Sanctorum).

En años recientes ha habido un renacimiento del interés en la Plegaria del Nombre de Jesús. Diferentes grupos, que van desde los Pentecostalistas hasta los "Freaks de Jesús", han abrazado esta forma de plegaria sin ningún fundamento en su teología, y sin la "protección" que proporciona una base tradicional y ortodoxa. El autor de este artículo no tiene intención de presentar un texto histórico o erudito; espera más bien proporcionar al lector un esquema o introducción que coloque esta forma de plegaria en su perspectiva propia.

Quede claro desde el comienzo que, en todo lo que dice, sea en forma de afirmación directa, o bajo la cubierta de cita, el autor está en total sumisión al *magisterium* de enseñanza de la Iglesia Católica. Suplico —benigno lector— que lo que me he propuesto escribir no vuelva hacia mí el juicio y la condena, sino que sea más bien una salvaguardia y un remedio salutario para mi alma.

No es mi intención cubrir en este artículo la Tradición de la Plegaria de Jesús en la Iglesia Ortodoxa. Para ésta el lector puede remitirse a *The Way of the Pilgrim* (Seabury Press, S.P.C.K.); *Writings from the Philokalia on Prayer of the Heart* (Faber); *On the Invocation of the Name of Jesus* (Fellowship of St. Alban and St. Sergius, Londres), y a *On The Prayer of Jesus* por el Obispo I. Brianchaninov (Watkins), todos los cuales pueden obtenerse fácilmente. Lo que espero mostrar es que esta forma de plegaria está profundamente enraizada en las Tradiciones de la Iglesia Occidental y que ello ha sido así desde tiempo inmemorial. Aún más, espero mostrar que es una plegaria eminentemente provechosa para el hombre contemporáneo y para los tiempos

presentes. Los primeros trece párrafos de esta introducción tratarán de este último punto. El resto tratará del tema de la plegaria misma.

(1) Hablar de la plegaria como "contemporánea", aparte del hecho de que la plegaria se dice en un tiempo dado, es casi una contradicción en los términos —algo así como el eslogan "Cristianismo ateo". La esencia de la plegaria es, como han dicho S. Juan Damasceno y muchos otros santos, "elevar el alma a Dios". Así pues, la plegaria se dirige a Dios, quien, al estar presente en el "'ahora' sempiterno" (en frase del Maestro Eckart), no es ni antiguo ni moderno, sino esencialmente eterno. Así, como dice S. Hilario de Poitiers: "es un dicho piadoso que el Padre no está limitado por el tiempo", y el concilio de Anerya afirma: "si alguien dice que el Padre es más antiguo en el tiempo que Su Hijo Unigénito, y que el Hijo es más joven que el Padre, que sea anatema". Colocar el "corazón" en un tiempo o lugar dados, en una situación histórica específica, es aprisionarle en el flujo y hacerle mutable, puesto que es su naturaleza misma (solíamos decir, gracias a la gracia habitual) buscar lo que es inmutable; escapar de "estos cuidados mortales" de los cuales el tiempo, con su estímulo sucesivo, es una marca característica. Como dice S. Agustín: Dios nos ha creado para Él mismo y "nuestro corazón no puede ser aquietado hasta que encuentra reposo en Él" (Confesiones I). Si la plegaria es comunicar con el Padre (cum-unión), entonces es comunicar con lo que es (*ens*), con lo increado, y cuando es efectiva, "le eleva a uno fuera del tiempo". En palabras de Eckhart "el objeto y el sustento del intelecto es la esencia, no lo que es accidental", y también, "la vida que es, en donde un hombre nace como hijo de Dios, dentro de la vida eterna… es a-temporal, in-extensa, sin *aquí* ni *ahora*"[1]

(2) ¿Qué es esta "alma" que querría participar de la eternidad?. Según la enseñanza Católica "el alma es la parte espiritual del hombre, por la cual vive, comprende, y es libre; de aquí que es capaz de conocer, amar y servir a Dios" (Catecismo de S. Pío X). De aquí se sigue que la plegaria que no participa de conocimiento y amor —correspondiendo el conocimiento al primero y la voluntad al segundo— es difícilmente una plegaria. Santo Tomás nos instruye que "nuestro intelecto, al comprender, se extiende a la infinitud" (*Summa. contra gent*. l-43); que "la verdad es el bien del intelecto", (*ibid*. 1-79); y que "la beatitud del hombre consiste en el conocimiento de Dios" (*Quest. disput. de veritate*, XX-3 ad 5). El concepto mismo de iluminación implica la

[1] - Las notas del Maestro Eckhart están tomadas de Franz Pfieffer (traducción de C. de B. Evans), Watkins, Londres, 1924.

instantaneidad. También nos dice que "el amor reside en la voluntad" y que "los movimientos del libre albedrío no son sucesivos, sino instantáneos" (*Summa* I-II, CXIII, 7). Es así como todo "amante" cree que su amor es eterno, ya se trate de un antiguo Romano o de un letario moderno. Todo *acto* de amor y de conocimiento es atemporal, aunque su objeto puede variar y ser incluso temporal. Sin embargo, en la plegaria, tanto el objeto como el acto son atemporales, y de aquí que Rumi diga en el Matnawî, "el viaje del alma es incondicionado con respecto al tiempo y al espacio".

(3) La realidad del eterno presente está ligada también a la acción del Espíritu Santo, cuya operación es inmediata: *"y súbitamente bajó un ruido del cielo, como de un viento impetuoso"* (*Hechos*, II, 2). Además, Dios nos ha amado desde la eternidad, y si nosotros decimos que Él nos ama "ahora", debemos volver nuevamente a Santo Tomás (*de Trin*., I, 4) donde cita a Boecio con aprobación cuando dice que "Dios es 'siempre'" (*semper*) debido que "'siempre' es con Él un término de tiempo presente, y hay una gran diferencia entre el 'ahora' que es nuestro presente, y (el 'ahora' que es) el presente divino; nuestro ahora connota tiempo y sempiternidad cambiantes, mientras que el permanente 'ahora' de Dios, inmutable y autosubsistente, constituye la eternidad".

(4) La plegaria individual (en contraste con la plegaria canónica) tiene como objetivo, no solamente obtener favores particulares, sino también la purificación del alma: desnuda los nudos psicológicos o, en otras palabras, disuelve las coagulaciones subconscientes y drena muchos venenos secretos; externaliza ante Dios las dificultades, las flaquezas y distorsiones del alma, suponiendo siempre que la plegaria sea humilde y genuina; y esta externalización —llevada a cabo en relación a lo Absoluto (otra palabra atemporal)— tiene la virtud (la fuerza) de restablecer el equilibrio y de restaurar la paz, en una palabra, de abrirnos a la gracia.

(5) El único problema contemporáneo en la plegaria es la incapacidad de orar del hombre contemporáneo. Un hombre normal ora, pues si un hombre no es un animal metafísico, es solamente un animal. La descripción medieval del Anticristo es la de un hombre cuyas rodillas están vueltas "hacia atrás", de modo que no puede ponerse de rodillas. Si las palabras de Cristo no tienen ningún significado para el hombre moderno, esto se debe a que el hombre moderno está enfermo (una enfermedad, podría agregarse, que afecta principalmente a los órganos de la visión y de la audición). No son la plegaria, la tradición y los Evangelios los que han perdido su "relevancia", sino el hom-

bre moderno el que ha devenido de una vida irrelevante. ¡Ciertamente la cura de la enfermedad jamás se logrará dando el paciente al médico su virus!.

(6) Si uno considera la naturaleza de la plegaria, ya sea individual o canónica, debe contener los siguientes elementos. No es suficiente que el hombre formule su petición; debe expresar también su gratitud, resignación, pesar, resolución y alabanza (Casiano, *Conferencias*). En su petición, corresponde al hombre buscar algún favor, provisto que sea de una naturaleza agradable a Dios, y conforme con la Norma Universal; el agradecimiento es la consciencia de que cada favor del destino es una gracia que podría no haber sido dada; y si es cierto entonces que el hombre siempre tiene algo que pedir, también es cierto, por decir lo menos, que siempre tiene motivos para la gratitud; sin esto, ninguna plegaria es posible. La resignación es la aceptación por adelantado del no cumplimiento de alguna petición; el pesar o la contricción —la petición de perdón— implica la consciencia de lo que nos pone en oposición a la voluntad divina; la resolución es el deseo de remediar la transgresión, pues nuestra debilidad no debe hacernos olvidar que somos libres; finalmente, la alabanza significa no solamente que nosotros remitimos todos los valores a su fuente última, sino también que vemos todas las pruebas en los términos de su provecho.

(7) Pero ninguno de los conceptos en el párrafo precedente puede expresarse de una manera completamente contemporánea. Uno puede pedir un Cadillac en lugar de una carreta, pero aún así uno debe pedir con resignación, gratitud, pesar, resolución y alabanza. Además, las palabras mismas que uno está forzado a usar en todas estas categorías no son nuevas, sino que han existido siempre, pues son innatas (*in-natus*) en el alma que eleva su corazón y su mente a Dios. Desgraciadamente, mucha de la plegaria litúrgica corriente es solamente ruido, debido precisamente a que no incorpora en su expresión estas actitudes mismas que han estado con el hombre desde su creación. Vaciar la plegaria de sus componentes volitivos e intelectuales es reducirla al "sentimiento" ("no vayáis a la iglesia a menos de que os sintáis inclinados a ello", como algunos sacerdotes dicen ahora abiertamente), y sujetarla a los pecados del orgullo, la ignorancia y la pereza intelectual, que, como muestra claramente Hillaire Belloc, son las características de la "mente moderna" (*Survivals and New Arrivals*).

(8) Pleguemos a Dios para que seamos elevados fuera del tiempo, y para que nuestras mentes y nuestros corazones se alcen a lo que es eterno y atemporal. *"Munda quoque cor nostram ab omnibus vanis, perversis et alienis congitationibus; intellectum illumina, affectum inflama…. in secula seculorum, Amen"* ("Limpia nues-

tros corazones de toda vanidad, de todo pensamiento perverso y extraño; ilumina nuestro intelecto, inflama nuestra voluntad …por los siglos de los siglos, Amen" —tomado de la plegaria tradicional dicha antes de recitar el Oficio). En nuestra vida de plegaria dice S. Juan Clímaco, "debemos examinarnos y compararnos constantemente con los santos padres y los luminares que vivieron antes de nosotros" (*La escala de la Ascensión Divina*). No inventemos nuevas maneras de plegar no sea que *"peroremos neciamente"* (*Proverbios,* XV, 2) y *"heredemos las tempestades"* (*Proverbios,* XI, 28). No busquemos, como dice Eusebio, "abrir por nosotros mismos un nuevo tipo de curso en un desierto sin sendas" (*Preparación para los Evangelios*). Hagamos que nuestra plegaria participe de lo eterno y busquemos no conformarnos a los tiempos presentes —"*nolite conformari huic saeculo*" (palabras de S. Pablo en *Rom*. XII, 2).

(9) Si nosotros no estamos atados por el tiempo y la contemporaneidad (como lo está por definición el "*modernista*"), entonces somos libres de examinar los escritores que a todo lo largo de los tiempos han hablado de los temas bajo consideración. Pues aunque la doctrina puede hacerse más explícita (como por ejemplo, La Inmaculada Concepción), no puede evolucionar. Como dijo S. Juan de la Cruz en el siglo XVI, "no hay ya más artículos que hayan de ser revelados a la Iglesia sobre la substancia de nuestra fe" (*Subida al Monte Carmelo*). Lo que es doctrina, es verdadadero, y la Verdad no puede cambiar. Creer que nosotros podemos ser mejores teólogos que S. Pablo, o que podemos saber más que los Padres de la Iglesia es una de las grandes falacias de nuestra época. Una de estas dos cosas debe ser aceptada: O hay progreso teológico, y esa teología no es importante, o la teología es importante, y entonces no hay progreso teológico (F. Schuon). Tengamos la humildad de decir con Orígenes que, escribiendo en el siglo II, afirmaba "Pablo comprendía lo que escribió Moisés, mucho mejor que nosotros…" (Prólogo a su Comentario del *Cantar de los Cantares*). Recordemos que como dice S. Agustín, "La verdadera y recta fe Católica" se extrae "no de las opiniones del juicio privado, sino del testimonio de las escrituras; no está sujeta a las fluctuaciones de la osadía herética, sino fundamentada sobre la verdad Apostólica" (Sermón XXXIV). Como en lo que sigue vamos a volver al tema principal de nuestra introducción, quede claro que "el objeto que tenemos en vista no es en modo alguno publicar algún método favorito o sofisticado nuestro propio" (Gueranger, Sermon de Adviento), sino más bien extraer de los escritos de los santos —de esos hombres "cuyas palabras son una extensión de la Palabra de Dios" (S. Pio X)— palabras que puedan "iluminar nuestros intelectos e inflamar nuestras voluntades".

(10) Parece ser axiomático que toda enseñanza sobre la vida espiritual debe satisfacer a la vez las necesidades del intelecto y de la voluntad, o para expresarlo en términos más tradicionales, debe proporcionar a la vez una Doctrina y un Método. Este "¿por qué?" y "¿cómo?" de nuestra existencia debe ser respondido. Sobre un nivel más mundano, antes de emprender un viaje, nosotros debemos proveernos de un mapa y de un medio de viaje. En Oriente cuentan la historia de un ciego y de un cojo que partieron hacia la "ciudad celeste". No pudieron hacer ningún progreso hasta que unieron sus fuerzas, y el cojo subió sobre la espalda del ciego dirigiendo desde allí sus pasos. Este matrimonio de fuerzas se refleja en un número de planos diferentes. Tenemos que tanto la Iglesia como el alma son descritas como la "Esposa de Cristo". Tenemos, como enseña Santo Tomás, la voluntad que se adhiere con toda su fuerza al bien que el intelecto percibe. Y finalmente, puesto que como enseña Santo Tomás, "La voluntad y el intelecto deben actuar recíprocamente uno sobre otro" (*Summa* I XVI, 4), nos hemos "juntado en una sola carne", Cristo mismo, que dice "*Yo soy la Verdad y la Vía*" (*Juan* XIV, 6).

(11) Ahora bien, como gustaban decir los Escolásticos, la voluntad es "esencialmente una facultad ciega", que necesita dirección, formación y perfección. Si San Pablo pudo preguntar, "*¿Señor, qué quieres que haga*?" (*Hechos* IX, 6), cuánto más debemos nosotros hacer la misma pregunta. Como dice el Abad Lehodey, la vida espiritual "requiere nuestra cooperación activa, nuestros esfuerzos personales" para ser efectiva (El Santo abandono). Como enseña Santo Tomás, "el hombre se une con Dios a través de su voluntad" (*Summa*. I-II, 87, 6). Ahora bien, esta voluntad es ciega e indócil; como ha dicho S. Pablo: *"las cosas que yo quiero, no las hago"*, y deben ponérsele bridas como a un potro salvaje. La Metodología puede compararse con las riendas. Es así como Santa Brígida de Suecia pedía a Cristo que la asistiera en la obra de "poner la brida" a su voluntad [2]

(12) Sin embargo, embarcar en un método, sin una base doctrinal, es semejante a un caballo cuyas riendas no están en manos de un jinete capaz; es como intentar cruzar aguas desconocidas sin un mapa, un curso que siempre es posible, pero que usualmente resulta en un naufragio. Es negar la participación del intelecto en la vida espiritual. Es negar el papel de la revelación dada a nosotros por la misma fuente que buscamos des-

cubrir. Es cortar con el infinito que, como enseña Santo Tomás, solamente puede ser comprendido por el intelecto. Sobre el nivel práctico la Doctrina y el Método, como el Intelecto y la Voluntad, nunca pueden estar divorciados. Por esto es por lo que en el simbolismo budista, la Doctrina y el Método se describen como estando en un estrecho abrazo conyugal.

(13) Todo esto no es para negar el papel de la gracia, la cual, a la vez inicia el peregrinaje espiritual y lo sostiene a través de sus muchas dificultades tempestuosas, sino más bien para recalcar que debemos prepararnos a nosotros mismos a aceptar las gracias que Dios siempre desea derramar. Argumentar que el *"Espíritu Santo sopla donde quiere"* no anula en modo alguno lo que hemos dicho, pues debemos admitir que está dentro de nuestro poder apartarnos de la luz —la luz que brota del Paráclito. La gracia, como enseñan los santos, "no reemplaza a la naturaleza, sino que más bien la perfecciona". Así, como Eckhart enseña: "Dios está obligado a actuar, a derramarse a Sí mismo en ti, tan pronto como te encuentre dispuesto alguna vez".

(14) La invocación del Nombre de Jesús cumple todos estos prerrequisitos en un grado muy notable. Es a la vez una Doctrina y un Método, y es simultáneamente un canal eficacísimo para la efusión de la gracia. No hay que sorprenderse entonces de que, como dice el Padre Schwertner en su artículo sobre "La Devoción al Adorable Nombre de Jesús", "no hay ninguna devoción a nuestro Señor —excepto al Santísimo Sacramento mismo— que tenga mejores garantías Escriturales, ninguna más rígidamente dogmática, ninguna más rica en sus sanciones y apoyos patrísticos" (Holy Name Society Publication).

(15) *"Y el Verbo se hizo carne"* (*Juan* I, 14). Estas palabras pueden aplicarse con aptitud suma al Nombre que es, por así decir, el aspecto o la manifestación auditiva de la esencia divina. Ciertamente, S. Bernardino de Siena nos enseña esto en su sermón sobre "El Glorioso Nombre de Jesucristo", y el Apóstol Juan da testimonio de esto en el Apocalipsis diciendo *"Su Nombre se llama el Verbo de Dios"* (XIX, 13). Jesús mismo dice *"He manifestado Tu Nombre a los hombres que Tú me has dado… porque yo les he comunicado las palabras que Tú me diste" (Juan* XVII, 6*)*, Orígenes nos dice en su Comentario sobre el *Cantar de los Cantares* que "Dios se vació a Sí mismo, para que Su Nombre fuera como bálsamo derramado, para no morar ya más

---

[2] - Si en los escritos espirituales orientales el énfasis está puesto sobre la "concentración" más bien que sobre la "voluntad" esto se debe a que, para citar la Enciclopedia

en la luz inaccesible y permanecer en la forma de Dios, sólo para que el Verbo pudiera hacerse carne."

(16) Que no haya ninguna confusión en cuanto a lo que se entiende por el Nombre. A Él se le ha dado un "*Nombre que es sobre todos los nombres*" Es un Nombre "*sobre todo principado, y potestad y virtud, y dominación, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este mundo, sino en ese que ha de venir*". Ahora bien, esto implica no sólo que Jesús es un Nombre más apropiado para Dios que todo otro — aunque tal es así, sino que también nos instruye que este Nombre significa "la economía entera de la Encarnación y de la Redención… la Sabiduría, el Poder, la Bondad, la Majestad y todos los atributos de Dios" (S. Agustín). Como dice el Padre Thomas de Jesús: "Isaías Le llamó por los nombres de Maravilla, Consejero, Dios Todopoderoso, el Padre del mundo por venir, el Príncipe de la Paz y muchas otras cosas, todas las cuales se encierran en el Nombre de Jesús, del cual éstos otros son solamente explicaciones" (*Sufrimientos de Jesucristo*). Santo Tomás de Aquino nos dice que "nosotros no podemos nombrar un objeto excepto cuando lo comprendemos, no podemos dar nombres a Dios excepto en los términos de las perfecciones percibidas en otras cosas que tienen su origen en Él" (*Compendium*). Sin embargo, Él es "*nombrado el Verbo de Dios*" (Apoc. XIX, 13) y Santo Tomás nos dice también que "el Verbo único de Dios expresa, por así decir, en un instante único, todo lo que es en Dios" (*de diff. divini Verbi et humani*). S. Dionisio el Areopagita dice que muchos nombres son atribuidos a Dios en una "revelación simbólica de Sus beneficientes emanaciones" y enumera la perfusión de éstos incluyendo "Verdad", "Sabiduría", "Verbo", "Antiguo de los Días", "Sol", "Brisa", pero, por encima de todos, dice, este Nombre secreto se hace manifiesto ahora en "*ese Nombre que es sobre todos los Nombres*". Se sigue así que el Nombre de Jesús es un nombre revelado, un Nombre existente en la mente y en el seno del Padre antes de todos los tiempos, un Nombre de Poder, un "*Nombre Maravilloso*" como dice el salmista David, y un "Nombre inexplicable" como dice Santo Tomás en su comentario sobre el Padre Nuestro. San Bernardino de Siena dice que "el Nombre de Jesús es Dios mismo, a través del cual, Dios Padre y el Espíritu Santo comunican en la Unidad Divina" (Sermón sobre el Nombre). Tanto Jeremías como Amós afirman claramente "*Dominus nomen eius—el Señor es Su Nombre*" (*Jer*. XXXIII, 2; *Amos*, IX, 6). Así, Cornelius Lapide, en su comentario sobre la carta de S. Pablo a los

---

Católica, "el control de la atención es el punto vital en la educación de la voluntad"

Filipenses, dice que, *"Nomen ergo Dei, est ipse Deus et divinitas* —en verdad, el Nombre de Dios es Dios y divino". Más recientemente el Padre Prat S. J. ha dicho en su Vida de Cristo que "en la Sagrada Escritura el 'Nombre' de Dios es Dios mismo, hecho manifiesto al hombre en la voz de la creación, revelado a los cristianos a través de la instrumentalidad de Cristo". Y así, "*El Verbo se hizo carne*".

(17) *"Y se cumplieron los días de su parto y dio a luz a su hijo primogénito… y Su Nombre fue llamado Jesús, que le fue dado por el ángel antes de que fuera concebido en el seno"* (Lucas II). San Atanasio dice que "el Verbo se manifestó" en la creación, y prosigue diciendo que "La renovación de la creación ha sido hecha por el mismísimo Verbo que la hizo en el comienzo" (*De Incarnatione Verbi Dei*). Ahora bien, "en el comienzo" no implica un origen en el tiempo, sino un origen en el Primer Principio, y de aquí se sigue la deducción lógica de que Dios (el Eterno) está creando el mundo *ahora*, de la misma manera que fue siempre. Es así como dice Eckhart que "el comienzo de Dios es principial, no procedente"; y también que "el Verbo eterno está naciendo dentro del alma, su verdadero sí mismo, no menos incesantemente". Dice además, citando a S. Agustín, que "este nacimiento está aconteciendo siempre. Pero si no acontece en mí, ¿de qué me aprovecha?". Y si esto acontece en la plenitud del tiempo, debemos recordar que "el tiempo está cumplido cuando está acabado, es decir en la eternidad… aquí no hay ningún antes ni después; todo es presente…. A obtener esta plenitud del tiempo, ayúdanos Señor" (Eckhart nuevamente).

(18) Pero este nacimiento sólo puede "consumarse en el alma virtuosa; pues es en el alma perfecta donde Dios habla Su Verbo" (Eckhart). Prosigue más y dice, "Es más precioso para Dios Su ser parido espiritualmente en el alma individual virgen o buena, que el haber nacido de María corporalmente", pues "Dios creó el alma según Su propia naturaleza perfectísima a fin de que pudiera ser esposa de su Hijo Unigénito… de manera que levantando la tienda de Su gloria eterna, el Hijo procedió del Altísimo para ir y recoger a Su Señora, que Su Padre Le había dado eternamente como esposa, y restaurarla a su elevado estado anterior". Es así como nuestra Co-redentora es a un mismo tiempo Su Madre, Su Hija, y su Esposa, coronada en el cielo como Su Reina. ¡Y todo esto es posible para nosotros!. Por esto es por lo que dice S. Buenaventura: "Oh alma devota, si te regocijas en el feliz nacimiento, recuerda que primero debes ser María" (Opuscula II). Por esto es por lo que dice Angelus Silesius: "Debo ser María y dar nacimiento a Dios" (*El Peregrino Querubínico*). Por esto es por lo que dice S. Luis María Griñón de Montfort: "Cuanto más encuentra el Espíritu Santo… a María,

Su querida e inseparable esposa, en un alma, tanto más activo y poderoso deviene en producir a Jesucristo en esa alma"; y también, "Dios Padre quiere tener hijos de María hasta la consumación del mundo" (*De la verdadera Devoción a María*). Nuestra Señora encarna en ella, en su plenitud, todas esas virtudes que nosotros debemos hacer nuestras, si, como ella, hemos de ser también portadores de Cristo. Como Ella, debemos ser capaces de decir: *"Hágase en mí según Tu Palabra"* (Magnificat). Pues, como dice Eckhart, cuando "el Padre habla Su Verbo dentro del alma, y cuando nace el 'Hijo', el alma deviene María".

Magnifique al Señor el alma de María en cada uno de nosotros
Regocíjese en Dios el espíritu de María en cada uno de nosotros.
Plegaria de S. Ambrosio.

(l9) Ahora Bien, la "Esposa de Cristo es una virgen". Esto es sumamente extraño, pues como dice Teofilacto según S. Juan Crisóstomo: "Las esposas no permanecen vírgenes después del matrimonio. Pero las esposas de Cristo, del mismo modo que antes del matrimonio no eran vírgenes, así después del matrimonio devienen vírgenes, purísimas en la fe, enteras, e incorruptas en vida" (citado por Cornelius Lapide). Como dice S. Agustín, "La virginidad del alma consiste en una fe perfecta, en una esperanza bien fundamentada y en un amor sin fisuras" (*Tract*. XIII sobre S. Juan). Es significativo que la Fiesta del Santo Nombre de Jesús esté establecida en el segundo Domingo después de Epifanía, el cual recuerda la Boda de Caná. Esto se debe a que "es en el día de la boda cuando el Novio da su Nombre a la esposa, y eso es un signo de que, desde ese día en adelante, ella Le pertenece a Él sólo" (Gueranguer, el Año Litúrgico). Como dice Cornelius Lapide: "aquellos cuyas almas arden de la caridad, y que siempre están dándose a ella, saborean la beatitud de los esponsales con Dios y la posesión de Sus dones nupciales plenos de alegrías divinas. Pues la caridad es una unión matrimonial, la fusión de dos voluntades, la Divina y la humana, en una sola, en donde Dios y el hombre concuerdan mutuamente en todas las cosas". *"Seamos virginizados"*, entonces, como dice Santa Teresa de Lisieux en una carta a Celine, a fin de que podamos devenir en estado de preñez. "Yo no soy casta a menos de que Tu me raptes" (John Donne)

…De las Vírgenes puras ninguna
Se ve más hermosa,
Que María Magdalena
Salvo una.

John Cordelier.

(20) No se pregunte si el alma debe ser virginal antes de que pueda devenir en estado de preñez del Verbo Divino, ni se plantee tampoco la cuestión de si es posible que el alma sea virginal a menos de que esté en este estado de preñez. Esta es la misma cuestión que planteaba San Agustín en sus Confesiones: "¿Qué debe ser primero, conocer-Te o invocar-Te?". Esto es como preguntar en cuanto a cuál miembro de la pareja es más activo en el abrazo conyugal. La respuesta es simple, pues todo esto acontece en la plenitud del tiempo que se ha tratado más atrás. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con la invocación del Nombre?. S. Efren nos da la respuesta: "Jesús, Tu glorioso Nombre, Tu puente oculto que va de la muerte a la vida, a Ti he llegado y permanezco firme!…Sé un puente para mi lengua a fin de que pueda pasar a Tu verdad" (Ritmo VI).

(21) No hay mucho trastorno en creer que un hombre llamado Jesús nació hace dos mil años. Podemos asumir que todo el que es Católico aceptará a este Jesús como Dios Encarnado. Hay una dificultad mucho mayor en creer en la transubstanciación (la palabra ya no es usada siquiera por los teólogos corrientes), pero ésta es también una "En-carnación". Tengo la sospecha de que la increencia corriente en la transubstanciación, y en el poder del Nombre de Jesús, no es diferente de la increeencia de los contemporáneos de Cristo en Su Mesianeidad. La perfidia de los judíos no está en sus orígenes raciales (¿pues no eran de la "raza escogida" casi todos los primeros Cristianos?) sino en su increencia. Similarmente, casi nadie cree en Su Advenimiento final (excepto quizás en algún tipo de vago "Punto Omega" ligado al concepto del perfeccionamiento evolucionista del hombre), pues creer es temer, y el "*temor del Señor es el comienzo de la sabiduría*". A aquellos que piensan que el temor ya no se estila, les haría bien saber que S. Francisco suplicaba en su bendición final antes de morir que éste don les fuera dado a sus hermanos.

(22) La Misa recapitula todo esto, pues es el eterno sacrificio siempre recurrente en el cual Él se hace carne repetidamente y en cada momento del día en alguna parte del mundo. Cuando S. Hugo de Lincoln alzaba la Eucaristía, las gentes veían que sostenía al niño Jesús en sus manos, una experiencia repetida en muchas vidas de santos, incluyendo la del Padre Lame en Francia en el siglo presente. El Nombre también "Encarna", por así decir, la Presencia Divina en el alma de la persona que le invoca, y así tenemos muchos santos, tales como S. Juan de Capistrano, que entraban en éxtasis (y levitación) oyendo pronunciar simplemente el Nombre de Jesús.

(23) La relación entre el Nombre y la Eucaristía está implícita así mismo en la Escritura, pues de la misma manera que la Eucaristía representa "el sacrificio incruento de la cruz", así también el Nombre es, por así decir, "el sacrificio incruento de la Circuncisión". S. Bernardo nos dice en *Tu Vino Místico* que, "leemos sobre la primera efusión de la sangre de Cristo en el tiempo de Su Circuncisión, cuando nuestro Señor Jesucristo recibió el Nombre de Jesús, un misterio que ya indicaba que por el derramamiento de Su sangre, Él devendría para nosotros un verdadero Jesús, un Salvador". Un testimonio adicional de esto nos ha sido dado por la Beata María de Agreda, quien en sus visiones dice que los Angeles Miguel y Gabriel instruyeron a Nuestra Señora antes del rito de la Circuncisión, diciendo: "Señora, éste es el Nombre de tu Hijo, que está escrito en la mente de Dios por toda eternidad y que la Santísima Trinidad ha dado a tu Hijo Unigénito y Señor nuestro, como la señal de la salvación para toda la raza humana; estableciendo-Le al mismo tiempo en el trono de David. Reinará sobre él, castigará a Sus enemigos y triunfará sobre ellos, haciéndoles el escabel de Sus pies y dictando juicio sobre ellos; elevará a Sus amigos a la Gloria de Su mano derecha. Pero todo esto ha de acontecer a costa de sufrimiento y de sangre, e incluso ahora Él ha de derramarla al recibir este Nombre, puesto que es el de Salvador y Redentor; será el comienzo de Sus sufrimientos en obediencia a la voluntad del Padre Eterno" (*La Ciudad de Dios*). Así, Él, que es *"nombrado el Verbo de Dios"* lleva *"un manto empapado de sangre"* (*Apoc*. XIX). Y nosotros debemos también ser *"empapados con la sangre del Cordero"* si hemos de ser incluidos entre los *"ciento cuarenta y cuatro mil que tienen Su Nombre y el Nombre de Su Padre escrito sobre sus frentes"* (*Apoc*. XIV). Por esto es por lo que S. Bernardo nos instruye en el *Libro de las Sentencias* que "hay tres circuncisiones, la de la carne entre Judíos, la del corazón como entre los Cristianos, y la de la lengua en el perfecto". "La de la lengua en el perfecto" nos recuerda que el Profeta Isaías sólo anunció el nacimiento Virginal y la venida del Mesías después de que sus labios hubieron sido tocados por el carbón ardiendo. También trae a la mente la afirmación de Santo Tomás de Villanueva al efecto de que "en el cielo uno repite siempre, invoca siempre, y honra siempre el Nombre Jesús… en el cielo uno conoce toda la verdad y toda la fuerza de este Nombre" (*Sermón para la Fiesta de la Circuncisión)*. No hay que sorprenderse entonces de que S. Bernardino de Siena sintiera que la visión de S. Pablo *"en el tercer cielo"* era la del Nombre en gloria. Es así como un santo oriental ha dicho: "Las luces de algunas gentes preceden a sus invocaciones, mientras que las invocaciones de algunos otros preceden a sus luces. Hay el invocador que invo-

ca a fin de que su corazón sea iluminado, y hay el invocador cuyo corazón ha sido iluminado y por lo tanto invoca" (Ibn 'Ata' illah).

(24) S. Bernardo nos instruye en su quinto sermón para la estación de Adviento, conciernente a la Encarnación, que:

> En la primera venida, Él viene en la carne y en debilidad; en la segunda, viene en espíritu y en poder; en la tercera, viene en gloria y majestad; y la segunda venida es el medio por el cual nosotros pasamos de la primera a la tercera.

El Venerable Pedro de Blois dice:

> Estamos ahora en la segunda venida, provisto que seamos tales que Él pueda venir a nosotros; pues Él ha dicho que si Le amamos, Él vendrá a nosotros y hará de nosotros Su morada. Esta segunda venida está llena de incertidumbre para nosotros.
> (Sermón de adviento)

El Abad Gueranguer (tan altamente recomendado como escritor espiritual por Santa Teresa de Lisieux) dice:

> Debemos recordar que, puesto que nosotros podemos ser agradables a nuestro Padre celestial sólo mientras Él ve dentro de nosotros a Su Hijo, Jesucristo, este amigable Salvador se digna a entrar en cada uno de nosotros y transformarnos, si nosotros Se lo consentimos, a fin de que en adelante vivamos, no nosotros, sino Él en nosotros. Este es en realidad el único gran objetivo de la religión Cristiana, hacer a los hombres divinos a través de Jesucristo: esta es la labor que Dios ha dado a Su Iglesia, y por la cual ella dice a los fieles lo que S. Pedro dijo a sus Gálatas: 'Hijitos míos, por quienes estoy en la labor de nuevo, hasta que Cristo nazca dentro de vosotros'. (Sermón de Adviento).

Juan de Ruysbroeck dice:

> La segunda venida de Cristo, nuestro Esposo, tiene lugar cada día dentro de los hombres de bien; a menudo y muchas veces, con gracias y dones nuevos, en todos aquellos que se aprestan a sí mismos por ella, cada uno según su poder
> (Ornato del Matrimonio Espiritual).

S. Luis María Griñón de Montfort dice:

> Dios Hijo desea formarse a Sí mismo y así hablarse a Sí mismo encarnado en Sus miembros todos los días. (La Verdadera Devoción a María).

Finalmente dice Angelus Silesius:

> Es en ti donde Dios debe nacer, pues si Cristo hubiera de nacer un millar de veces en Belem, y no nace en ti, estarías perdido para siempre. (El Peregrino Querubínico).

(25) Ciertamente uno puede llamar a la invocación del Nombre la "Plegaria de la Encarnación" pues el "*Verbo hecho carne*" se manifiesta de una manera singularísima en este Nombre. "*En el Nombre de Jesús toda (la creación) se inclina en el cielo, sobre la tierra, y en el infierno*" (*Filip*. II,10). "*Ofrezcamos el sacrificio de alabanza a Dios continuamente, es decir, el fruto de nuestros labios dando gracias a Su Nombre*" (*Heb.* XIII, 15). "*Sea el deseo de nuestras almas Tu Nombre y la rememoración de Ti*" (*Isaías* XXVI, 8), y así "*levantémonos y caminemos en el Nombre de Jesucristo de Nazaret*" (*Hechos* III, 6), a fin de que "*creyendo, podamos tener vida a través de Su Nombre*" (*Juan* XX, 31). ¿No se nos ha dicho que "*si pedimos al Padre algo en Su Nombre, Él nos lo dará*" (Juan XIV,14)?. "*Alabemos Su Nombre grande y terrible, y démosLe gloria con la voz de nuestros labios, y con cánticos en nuestras bocas, y con arpas*" (*Ecccles*. XXIX, 20). Pues su Nombre es "*como óleo derramado*" (*Cant*. I, 3) y "*donde dos o tres se juntan en mi Nombre, allí estoy Yo en medio de ellos*" (*Mat.* XVIII, 20). ¿Y quienes son los "*dos o tres*"?. Son, según Santa Catalina de Siena (Diálogos) y S. Juan de la Cruz (*Subida al Monte Carmelo*), la "inteligencia, la voluntad y la memoria".

(26) En el Antiguo Testamento, se nos dice que si el Nombre Divino es invocado sobre un país o una persona, en adelante pertenece a Dios; deviene estrictamente Suyo y entra en relaciones íntimas con Él (*Gen.* XLVIII, 16; *Deut*. XXVIII, 10; Am. IX, 12). Es así como en el oficio de Completas, decimos cada noche "*Tu autem in nobis es, Domine, et Nomem sanctum tuum invocatum est super nos…*" ("Tú estás, en verdad, en nosotros, oh Señor, y Tu Santo Nombre es invocado sobre nosotros…"). En Génesis (IV, 26) leemos: "*Y a Seth a su vez le nació un hijo y él le nombró Enoch. Fue entonces cuando los hombres comenzaron a invocar al Señor por el Nombre*" (Jewis Publication Soc. Trans.), "*¡Y Enoch andaba con Dios!*". "*Moisés y Aaron invocaban el Nombre del Señor*" (*Salmos*). El profeta Ageo hablaba "*en el Nombre del Señor*" y Job "*bendecía Su Santo Nombre*", Abraham "*invocaba el Nombre*" como hicieron Isaías, Ezequiel, Daniel y Jeremías. Miqueas y Zacarías "*caminaban arriba y abajo en Su Nombre*". Como ha dicho el Apóstol Santiago, "*todos los profetas han hablado en el Nombre del Señor*" (*Epis.* V. 10). Y todo esto es sumamente razonable, pues como canta David, el Salmista, "*Bonum est celebrare Domine, et psallere Nomini tuo Altissime —pues es bueno celebrar oh Señor, y cantar tu Nombre Altísimo*".

(27) La teología del Nuevo Testamento se basa principalmente en los escritos de S. Pablo, quien literalmente menciona el Nombre de Jesús cientos de veces. Y esto es sumamente apropiado pues Cristo mismo dijo de Pablo "*tú eres un vaso de elección para llevar mi Nombre*" (*Hechos* IX, 15). Y él fue quien nos enseñó "*todo cuanto hagáis de palabra u obra, hacedlo en el Nombre del Señor Jesucristo*" (*Col.* III, 17). Fue él quien dijo "*Ningún otro Nombre bajo el cielo ha sido dado a los hombres por el cual podamos ser salvados*" (*Hechos* IV, 12). Y nuevamente, fue él quien dijo "*quienquiera que invocare el Nombre del Señor será salvado*" (*Rom*. X, 13). Esta última promesa reitera lo que "*La palabra del Señor*" habló por la boca del profeta Joel (*Joel* II, 32) y que es confirmado también por Cristo mismo cuando Él dice "*si pidiereis al Padre alguna cosa en mi Nombre, Él os lo dará*" (*Juan* XVI, 24). No es sorprendente entonces que, como nos informa Santo Tomás de Aquino, "S. Pablo llevaba el Nombre de Jesús en su frente porque le glorificaba proclamándole a todos los hombres, le llevaba en sus labios porque amaba invocarle, en sus manos porque amaba escribirle, y en su corazón, porque su corazón ardía de amor de Él" (citado en las maravillas del Sagrado Nombre). S. Pablo no sólo vivió con este sagrado Nombre en sus labios y en su corazón; también murió repitiendo con su aliento final el Nombre JESÚS, JESÚS, JESÚS.

(28) En la Iglesia primitiva no era necesario organizar la devoción al adorable Nombre de Jesús de una manera sistemática, pues aquella era una época en que, como dice S. Jerónimo, "la sangre de Cristo estaba todavía caliente en los corazones de los fieles". Que su uso era común, está bien demostrado por el hecho de que muchos de los mártires murieron invocando el Nombre de Jesús de cara a horrendas torturas (*Gesta Martyrum*). Su uso por los padres del desierto es bien conocido; su inclusión en los prefacios y otras fórmulas litúrgicas de los primeros siglos está bien documentada. Los antiguos escritores eclesiásticos tales como S. Justino, Tertuliano, Orígenes, S. Cipriano y S. Clemente de Roma aprovechan toda oportunidad para alabarle en los términos más luminosos.

(29) S. Ignacio de Antioquía, que sucedió a S. Pedro en la sede, fue a su martirio invocando el Nombre Divino y las letras JESÚS se encontraron inscritas en letras de oro en su corazón cuando murió. Esto impresionó tanto a S. Ignacio de Loyola que cambió su nombre de Iñigo a Ignacio (*Biografía* del Padre Laturia). Se han hecho afirmaciones similares sobre S. Camilo de Lelis y el Beato H. de Suso. El Pastor de Hermas (*circa* 150 D.C) dice: "recibir el Nombre del Hijo de Dios es escapar a la muerte

y dar vía a la vida"; dice también, "nadie puede entrar al Reino de Dios excepto a través del Nombre del Hijo". Continua y dice también, "el Nombre del Hijo de Dios es grande e inmenso, y éste es el que soporta el mundo entero" (Pastor, Libro III). Orígenes (*circa* 215) dice "el Nombre de Jesús calma a las almas turbadas, pone en fuga a los demonios, cura al enfermo; su uso infunde un tipo de dulzura maravillosa; asegura la pureza de las costumbres; inspira bondad, generosidad, benignidad…" *(Contra Celso,* Libro I). S. Ambrosio (*circa* 370) amaba enormemente el Nombre y sentía que mientras éste estuvo contenido en Israel como un perfume en un vaso cerrado, el Nuevo Testamento era un vaso abierto desde el cual se derramaba *ex abundantia superfluit quidquid effunditur*—se derramaba de su abundancia casi como una inundación (*de Spiritu Sancto,* I, 8). S. Paulino de Nola (354-431) se refería al Nombre como "una ambrosía viva… si uno la saborea tan solo una vez, ya no será capaz de separarse de ella… es para los ojos una luz serena, para los oídos el sonido mismo de la vida" (*Carmina* IV). S. Juan Crisóstomo (*circa* 370) nos instruye a "permanecer así constantemente con el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que el corazón trague al Señor y el Señor al corazón, y los dos devegan uno". S. Agustín dice de este Nombre que es "*quod est nobis amicus et dulcius nominare* —es tan agradable y dulce de pronunciar" (*La Ciudad de Dios*). S. Juan Clímaco (siglo VI) nos dice que "fustiguemos a nuestros adversarios con el Nombre de Jesús, pues no hay ningún arma más poderosa sobre la tierra ni en el cielo" (*La Escala de Ascenso Divino*). S. Patricio abogaba por el uso de la plegaria de Jesús, según se cuenta en la leyenda Dorada —y ésta en la forma Hesiquiasta exacta: "Señor Jesucristo, ten misericordia de mí, pecador". Santo Tomás de Aquino, como se ha visto en el párrafo precedente, habla del uso de la invocación del Nombre por S. Pablo. El Concilio de Lyon, en 1274, resultó en que Gregorio X escribió una carta a Juan de Vercelli, el entonces Superior General de los Dominicos, donde declaraba, "nos, hemos prescrito a los fieles… reverenciar de una manera particular ese Nombre que está por encima de todos los nombres…". Este acto resultó en la fundación de la Sociedad del Santo Nombre —una organización que continúa existiendo en una forma algo diluida hasta los tiempos presentes.

(30) Cuando llegamos a los tiempos medievales, encontramos una extensión aún mayor de la devoción al Nombre. Fue así como el Nombre de Jesús estaba en la boca de S. Francisco "como la miel en el panal" (Tomás de Celano, biografía); y S. Francisco mismo escribió, "ningún hombre es digno de decir Tu Nombre" (alabanzas compuestas cuando el Señor le aseguró Su Reino). S. Bernardo escribió sermones enteros

sobre el Nombre y dijo: "Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, un canto de delicia en el corazón" (Coment. *Cantar de los Cantares*). S. Buenaventura exclama, "Oh, alma, si escribes, lees, enseñas, o haces cualquier otra cosa, que nada tenga sabor alguno para ti, que nada te agrade excepto el Nombre de Jesús" (*Opuscula*). Richard Rolle dice, "Oh buen Jesús, Tú has sujeto mi corazón al pensamiento de Tu Nombre, y ahora no puedo sino cantarle: ten por tanto misericordia de mí, haciendo perfecto lo que Tú has ordenado" (*Fuego de Amor*). Angelus Silesius dice, "el dulce Nombre de Jesús, es miel en la lengua: para el oído es un canto nupcial, en el corazón un salto de alegría" (*El Peregrino Querubínico*). El Maesto Eckhart dice que "creyendo en el Nombre de Dios, nosotros somos hijos de Dios". Richard de Saint Victor dice que "La invocación del Nombre es la posesión de la salvación, la recepción de los besos, la comunión del lecho, la unión del Verbo con el alma en la cual se salva cada hombre. Pues con una luz tal, nadie puede ser ciego, con un poder tal, nadie puede ser débil, con una salvación tal, nadie puede perecer" (*Escritos Selectos*). Tomás de Kempis nos instruye que "puesto que estás viajando en esta peregrinación terrenal, tómate como provisión (*viaticum*), como báculo de pastor tenido firmemente en la mano, esta breve plegaria, "JESUS-MARÍA"… donde quieras que vayas, donde quiera que camines o te detengas o descanses, invoca a Jesús e invoca a María" (*El Valle de los Lirios*). El Nombre de MARÍA es también "divino" y de aquí que Dante escriba en el Paraíso:

> Allí está la Rosa donde el Verbo divino se hizo carne…
> El Nombre de la flor hermosa que yo siempre invoco, mañana y tarde…

(31) La Salutación Angélica incorpora en ella el Nombre de Jesús como una "perla de gran precio". Es de interés destacar que el Rosario sólo entró en el uso común en la Iglesia en su forma presente después de que el Papa Urbano ordenara que "el adorable Nombre de Jesús" fuera agregado a la Salutación en el año 1262. Tanto a Santa Gertrudis como a la Bienaventurada Juana de Francia, Nuestra Señora les aseguró que ésta era su plegaria favorita. Tomás de Kempis afirma que siempre que decía el "Ave María" —"El cielo se regocija, la tierra se maravilla, el demonio se estremece, el infierno tiembla, la tristeza desaparece, la alegría retorna, el corazón sonríe de caridad y es penetrado con un santo fervor, la compunción se debilita y se reaviva la esperanza". La Salutación Angélica invoca también el "Glorioso Nombre de MARÍA", Nombre que puede ser invocado en aislado o en conjunción con otras fórmulas litúrgicas. El Nombre de María es también divino, pues ella es la pureza, la belleza, la bondad y la humildad

de Dios manifestada en el plano humano. Ella ejemplifica todas las cualidades del alma en un estado de gracia bautismal, por lo cual dice S. Luis María Griñón de Montfort: "viéndola, vemos nuestra naturaleza pura" (*La Verdadera Devoción a María*). La bendición de la Virgen está sobre aquel que purifica su alma para Dios, pues esta pureza del estado Marial es la condición esencial para la actualización espiritual de la Presencia real del Verbo. Haciendo la salutación a la Santísima Virgen, el alma se conforma a sus perfecciones mientras que al mismo tiempo implora la ayuda de María que personifica estas perfecciones. El Nombre de María reverbera con el mismo poder y belleza que el de su Hijo, el Hijo de quien ella es simultáneamente madre, esposa, e hija. Es así como los santos han invocado su Nombre y dicho de él todo cuanto han dicho del de Jesús. S. Antonio de Pádua, invocaba el Nombre de María constantemente. Henry de Suso decía de él : "¡Oh dulce Nombre! ¡qué debes ser tú en el cielo, cuando tu Nombre inspira tanto amor sobre la tierra!". El Abad Franconus dijo que junto al Sagrado Nombre de Jesús, el Nombre de María es tan rico en gracia y dulzura que ni en el cielo, ni sobre la tierra, hay ningún otro Nombre que llene así el alma del hombre de gracia, esperanza y dulzura". S. Anselmo dice: "El dulcísimo Nombre de María es un bálsamo que exhala el aroma de la gracia divina; que este bálsamo de salvación entre en los entresijos más profundos de nuestras almas". S. Alfonso María de Ligorio prorrumpe así: "Dichosos repetirán mis labios, a cada momento, tu querido Nombre" (*Las Glorias de María*). Invocar el Nombre de María es invocar las virtudes Marianas resumidas también en el *Magnificat* —virtudes que hacen al alma receptiva a las virtudes Crísticas. El que dice Jesús, dice Dios, e igualmente, el que dice María, dice Jesús.

(32) El Ave María se llama acertadamente la Salutación Angélica, pues incorpora la economía entera de la vida espiritual dentro de sus confines. Abarca dentro de un solo aliento los dos Nombres Divinos de Jesús y María, y por así decir, resume todo lo que llevamos dicho y mucho más. El Nombre de Jesús reside en el seno virginal, un seno que ha sido llamado por los santos a la vez "horno" y "cámara nupcial". Verdaderamente Él es "la Joya en el Loto"[3]. Para aquellos que querrían menospreciar el Rosario, las palabras de Nuestra Señora al Beato Alan de la Roche (citado en la obra *La verdadera Devoción a María* de S. Luis María Griñón de Montfort), deberían actuar como un poderosísimo contrapeso "Sabe hijo mío" dijo Nuestra Señora, "y haz que lo

[3] - El rosario Buddhista —usado en el Tibet es "Om Mane Padme Hum", "Om (el sonido primordial), la Joya en el Loto".

sepan todos los demás, que es un signo probable y próximo de condenación eterna tener aversión, tibieza, o negligencia a decir la Salutación Angélica, la cual ha reformado el mundo entero". Considerar esto como una exageración piadosa es ocultar la propia incredulidad de uno bajo un manto de hipocresía y, para citar a Pío XI, "salirse de la senda de la verdad" (Encíclica "*Ingravescentibus Malis*").

(33) Uno debe preguntarse por qué santos como el Bienaventurado H. de Suso, S. Camilo de Lelis, S. Isaac Jogues, el Jesuita martirizado por los Hurones, Santa Juana de Arco, S. Luis María Griñón de Montfort, Tomás de Kempis, S. Francisco de Sales, y en nuestros propios tiempos, la Hermana Consolata Betrone y el Padre Pío el Estigmatizado, para mencionar solamente a unos pocos y para no decir nada de toda la tradición Hesiquiasta del Monte Athos que continúa hasta el presente día, se han dedicado así a la Invocación del Nombre de Jesús[4]. Parte de la respuesta está en el hecho de que sólo el hombre, al estar hecho a la "*Imagen de Dios*" de una manera directa e integral, tiene el don del habla. Siendo esto así, el habla tanto como la inteligencia y la voluntad deben jugar una parte en la salvación y liberación. Ciertamente, tanto la inteligencia como la voluntad, se actualizan con la plegaria, la cual es habla a la vez divina y humana, el acto que vincula la voluntad y su contenido a la inteligencia. El habla es por así decir el cuerpo inmaterial, aunque sensorial, de nuestra voluntad y de nuestra comprensión. Pero el habla no se exterioriza necesariamente, pues el pensamiento articulado implica también el lenguaje. Si esto es así, aparte de las plegarias canónicas impuestas a la Iglesia Universal, nada puede ser más importante que la repetición del Nombre de Dios. Eckhart dice "Dios es el Verbo que se pronuncia a Sí mismo. Donde Dios existe, Él está diciendo este Verbo; donde Él no existe, Él no dice nada. Dios es hablado e inhablado… Padre e Hijo expiran su santo soplo, y una vez que este sagrado soplo inspira a un hombre, permanece en él, pues él (el hombre) es esencial y neumático". "*Pues el Verbo de Dios es raudo, y poderoso, y más agudo que una espada de doble filo, que penetra hasta la división de alma y espíritu, y de las coyundas y la médula, y es un discernidor de los pensamientos e intenciones del corazón*" (*Heb.* IV, 12).

---

[4] - El Padre Pío pasó las últimas horas de su vida invocando constantemente "Jesús-María" (*Prophet of the People*, una biografía por Dorothy Gaudiose, Alba House, N.Y.1973). La Hermana Consolata Betrone (1903-1947) usaba la fórmula "Jesús, María, os amo, Salvad a las almas" y sus escritos están muy bien presentados en *Jesus Appeals to the World* por Lorenze Sales (Alba House, N.Y.1955). Para S. Isaac Jogues, ver

¿No nos asegura Joel en el Antiguo Testamento como lo hace S. Pablo que *"quienquiera que invocare el Nombre del Señor será liberado"* (*Joel* II, 32)?. Hemos visto ya, que los Profetas y los santos consideran que el Nombre es uno con Dios; que los santos en el cielo, como dice Santo Tomás de Villanueva, le invocan constantemente, y ahora Eckhart nos dice que "el Verbo eterno es hablado en el alma virginal por Dios mismo". Así, la invocación del Nombre en el corazón, *encarna* en nosotros la plenitud de la Trinidad en la medida en que nosotros podemos acogerla. Lentamente nos transforma hasta que finalmente, a través de la gracia de Dios, nosotros y el Nombre devenimos como uno. Si parte del misterio de la Encarnación reside en la afirmación de S. Ireneo (y de muchos otros) de que "Dios ha devenido hombre a fin de que el hombre pueda devenir Dios", entonces podemos decir ciertamente que Dios nos ha dado Su Nombre a fin de que nosotros podamos incorporarle en nuestros corazones, y con nuestra memoria, inteligencia y voluntad absorbidas en el Nombre, seamos capaces de decir con la Beata Angela de Foligno: "Tú eres yo y yo soy Tú" (*Visiones e Instrucciones*); y con S. Pablo: "*Vivo, pero no yo, sino Cristo en mi*" (Gal.II, 20).

(34) Dios al nombrarse a Sí mismo, primeramente se ha determinado a Sí mismo como ser y en segundo lugar, a partir del Ser, se manifiesta a Sí mismo como Creación —es decir, Él se manifiesta a Sí mismo "dentro del marco de la nada" y así "en modo ilusorio". El hombre, por su parte, describe el movimiento inverso cuando pronuncia el mismo Nombre, pues este Nombre no es sólo Ser y Creación, sino también Misericordia y Redención. En el hombre, el Nombre no crea, sino que por el contrario "deshace", y eso de una manera divina, puesto que hace regresar al hombre al Principio. Si Dios "se derrama a Si mismo en Su Nombre" (S. Bernardo), el hombre, al invocar este Nombre, alcanza la "totalidad de la plenitud". Visto por Dios, el Nombre Divino es una determinación, una limitación y un "sacrificio". Visto por el hombre, es una liberación, una ilimitación y una plenitud. El Nombre, aunque es invocado por el hombre, siempre es pronunciado por Dios, pues la invocación humana es sólo el efecto "externo" de la invocación "interna" y eterna por la Divinidad. Lo que es sacrificial para lo divino es liberador para el hombre. Toda revelación, cualquiera que pueda ser su modo o su forma, es un "descenso" o "encarnación" para el Creador, y un "ascenso" o "excarnación" para la criatura.

Saint Among Savages por el Padre F. Talbot (Image, N.Y. 1961). Las obras de S. Luis María Griñón de Montfort pueden pedirse a Montfort Publications, Bayside, New. York.

(36) Santo Tomás de Kempis dice que "cuando el devoto comulga, o cuando el sacerdote celebra la Misa con devoción y reverencia, así como cuando una persona bendice a Jesús y a su Madre, invocando sus Nombres, participan del pan y del vino consagrado" (*El Valle de los Lirios*). La relación entre la Eucaristía y el Nombre es ciertamente estrecha. Así, en la antigua liturgia, nosotros solíamos decir "*Panem celestam accipiam et nomem domini invocabo*" y "*Caelicem salutaris accipiam et nomen domini invocabo*"[5]. Ciertamente, se puede decir que la invocación del Nombre tiene la misma relación con las demás formas de plegaria que la Eucaristía tiene con los otros sacramentos. Es así como S. Bernardino de Siena dio a su cifra del Nombre de Jesús, la forma de una custodia; el Nombre divino llevado en el pensamiento y en el corazón por el mundo y por la vida, es como la Santísima Eucaristía llevada en procesión. El Maestro Eckhart dice así lo siguiente del Nombre y podría haber dicho la misma cosa del Santísimo Sacramento: "El Padre ni ve, ni oye, ni habla, ni desea nada sino Su propio Nombre. Es por medio de Su Nombre como el Padre ve, oye y se manifiesta a Sí mismo. El Padre te da Su Nombre eterno, y es Su propia vida, Su ser y Su divinidad lo que Él te da en un único instante por Su Nombre" (*Comentario. sobre S. Juan*). Similarmente, lo que S. Eymard dice de la Santísima Eucaristía, bien podría decirse del Nombre: "La Eucaristía es el Reino de Dios en la tierra. Mi cuerpo deviene Su templo, mi corazón Su trono, mi voluntad Su dichoso y humilde siervo, mi vida Su victoria" (*Retiros Eucarísticos*).

(37) No hay que sorprenderse entonces de que S. Juan Eudes soliera plegar a la Bendita Virgen diciendo "sea mi muerte con estas divinas palabras en mi corazón y en mis labios —JESÚS-MARÍA; y que yo las pronuncie en unión con todo el amor que siempre ha estado, que está ahora y que estará siempre en todos los corazones que aman a Jesús y María" (*Vida*). No hay que sorprenderse entonces de que tantos santos, como S. Vicente de Paul, el Padre Pío y S. Francisco Javier, hayan muerto con el Nombre de Jesús en sus labios. La Santa Madre Iglesia nos enseña que, incluso en ausencia de un sacerdote, si morimos con el Nombre de Jesús en nuestros labios, dicho

[5] - "Tomaré el pan del cielo e invocaré el Nombre del Señor —Tomaré el cáliz de salvación e invocaré el Nombre del Señor…". Palabras dichas por el sacerdote cuando comulgaba en la así llamada Misa Tridentina.

con amor y verdadera contrición, nuestra salvación está garantizada[6]. Cada vez que invocamos el Nombre de Jesús, hacemos un acto de Fe, Esperanza y Caridad. Como dice S. Buenaventura, el Nombre está "Lleno de Gracia, pues en él se funda la fe, se confirma la esperanza, se aumenta el amor y se lleva a la perfección la justicia" (*Opuscula*). No es un accidente que las principales plegarias de la Iglesia recomienden esta forma de plegaria. La primera petición del Padre Nuestro pide *"Santificado sea Tu Nombre"* —es decir, como dice Santo Tomás de Aquino, "manifestar y hacer conocido Su Nombre entre nosotros" (*Comentario. sobre el Pater Noster*). El alma en un estado de gracia responde en las palabras del Magnificat *"Santo es Su Nombre"*; y los fieles exclaman en su plegaria de amor: *"Ave María, llena eres de gracia, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, JESÚS*". Es imposible decir los Nombres de Jesús y María sin que el alma asuma una actitud que es a la vez resignada, compungida, resuelta y llena de alabanza. Y si invocamos el Nombre dignamente, llegará a ocurrir que nuestros corazones serán Su Reino, que nuestra voluntad se transformará poco a poco en Su voluntad; será para nosotros un alimento constante (como dice S. Bernardo); cancelará nuestras deudas con Dios y con el hombre ("el Rey se adelantó a nosotros, borró nuestras cuentas, y escribió otra cuenta a Su propio Nombre a fin de poder ser Él nuestro deudor" —S. Efren, Ritmo IV) ; y finalmente, será para nosotros una protección contra la tentación, pues "Los demonios huyen al sonido de este Nombre". No hay que sorprenderse entonces de que S. Buenaventura dijera "¡Oh cuán fructífero y bendito es este Nombre dotado con un poder y una eficacia tan grandes!" (*Opuscula*).

(38) En el Antiguo Testamento se nos instruye *"Que nada os impida plegar siempre"* (*Sirach* XVIII, 22), y en el Nuevo Testamento S. Lucas nos dice *"velad, plegando en todo tiempo*" (Lucas XXI, 36). Este consejo evangélico puede cumplirse de muchos modos acordemente a la manera en la cual el alma es llamada por Dios, pues como dice el mismo Cristo, *"Yo os he escogido"* — es siempre Dios quien nos llama, y no nosotros quien Le llamamos. Para aquellos que son llamados a invocar el Nombre, ninguna forma de plegaria es más simple, más directa y más apropiada para los tiempos presentes que ésta. Leemos en Zacarías (XIII, 8 y 9):

---

[6] - En realidad todo lo que se necesita para la garantía de la salvación es "amor y verdadera contrición". Lo que el Nombre de Jesús agrega es una "indulgencia plenaria" o la remisión completa de los propios pecados.

> dos partes serán dispersadas en toda la tierra, y Yo atraeré a la tercera parte con el fuego, y los refinaré como se refina la plata; y los probaré como se prueba el oro. Ellos invocarán mi Nombre y Yo les oiré. Yo diré 'tú eres mi pueblo', y ellos dirán 'el Señor es mi Dios'.

Este pasaje es parte de la profecía concerniente a los "últimos tiempos". ¿Y quiénes son esa tercera parte que son atraídos con el fuego?. Son, según Cornelius Lapide, esa porción de la humanidad que permanece fiel a Dios e invoca Su Nombre.

(39) Para aquellos cuya vocación (*vocare*—llamar) es invocar el Nombre, todo acto necesario, sea profesional o social, es un aspecto de esta invocación. Dios quiere que Le invoquemos no sólo con nuestras lenguas, sino con nuestro cuerpo entero —con cada miembro— y con todo nuestro ser; ciertamente, con toda nuestra vida y con nuestra existencia misma. Si Dios quiere que invoquemos Su Nombre, o más bien, si quiere invocar Su Nombre en nosotros, entonces cada acto necesario —puesto que refleja por nuestra parte una conformidad a Su voluntad con nosotros— deviene por su naturaleza misma una invocación del Principio Supremo. La invocación es una forma de "recordación", un modo de practicar y de "recordar" la "Presencia de Dios" (Hermano Lorenzo)… Y si Dios invoca Su Nombre en nosotros, que nosotros permitamos que las facultades de nuestra alma se *con-formen* a esta Presencia Divina en nosotros es precisamente lo que nos transforma —tanto en nuestra naturaleza como en nuestras acciones— en una "Manifestación" del Nombre Divino. Lo que anteriormente era central para nuestras vidas —es decir, nuestro apego al ego y al mundo— ya no existe. Lo que anteriormente era apenas una realidad para nosotros —es decir, la Presencia Divina— deviene ahora la única realidad. El "recuerdo de Dios" es al mismo tiempo un "olvido de sí mismo", pues el ego es la sede del orgullo y una cristalización del olvido de Dios. En la invocación, el ego, por así decir, ya no existe, pues el Nombre le ha "absorbido" en su propia realidad, en su propia pureza, en su absoluteidad y esencia. Como ha dicho Cristo a Sor Consolata Betrone: "La Santidad consiste en el olvido de ti misma, en tus pensamientos, en tus actos, en tus palabras, ciertamente en todas las cosas" *(La Toute Petite Voie d'Amour)*. Como ha dicho Cristo a Santa Catalina de Siena: "Tu eres quien no es, mientras Yo soy EL QUE ES" (*Vida*, Beato Raimundo de Capua). De la misma manera, la persona que invoca el Nombre Divino llegará a un punto donde pueda decir "Yo (el ego) no existo, sólo el Nombre existe, pues Él y Su Nombre son Uno".

(40) La invocación del Nombre no es *per se* una garantía mecánica de salvación, pues no todo el *"que llame, Señor, Señor, será salvado"*. Un burro que lleva perfume en su lomo, a pesar de ello, seguirá siendo un burro, aunque entonces, todavía es posible que algo del aroma se le pegue. Los Nombres Divinos no son inmunes al abuso o incluso a la profanación. Un medio espiritual sólo puede ser efectivo dentro del marco de la tradición que le ofrece. *"No tomarás el Nombre de Dios en vano"* (*Exodo* XX, 7*; Deut.*V, 11). Si se tiene por verdadero en lo que toca a la Eucaristía que *"quienquiera que coma de este pan (divino)… indignamente… come… condenación para sí mismo"* (*I Cor*. XI, 27-29), eso es verdadero también en lo que toca al uso temerario de los Nombres Divinos. Uno debe invocar el Nombre para los propósitos adecuados y en un estado de alma adecuado. Uno debe estar en un estado de gracia (o al menos debe desear estarlo) pues *"invocar al Señor"* mientras uno se apega obstinadamente a lo que el Señor prohibe es absurdo. Si tenemos, ciertamente, un Cristo que es Amor, tenemos también un Dios colérico. Si tenemos un Nombre de Amor, tenemos también un Nombre que es *"terrible"*. Si invocamos el Nombre, debemos hacerlo dentro del seno de la Esposa de Cristo, dentro del marco de la "Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica" con todos sus sacramentos y todas sus tradiciones. *"Y he aquí que Tu cólera ha llegado, y el tiempo de los muertos, a fin de que sean juzgados, y de que Tú recompenses a Tus siervos, los profetas y los santos, y A AQUELLOS QUE TEMEN TU NOMBRE"* (*Apoc.*XI, 18).

(41) Aún peor que el abuso es la blasfemia. "Todos los pecados son odiosos a los ojos de Dios; pero el pecado de la blasfemia debe llamarse más propiamente una abominación para el Señor" (S. Antonio María de Ligorio). Como dice S. Gregorio Nazianceno, "el diablo tiembla al Nombre de Jesús y nosotros no tememos profanarlo" *(Orat.* XXI). "El que blasfema —dice S. Atanasio— actúa contra la Deidad misma". El blasfemo, dice S. Benardino, hace de su lengua "una espada que traspasa el corazón de Dios". Y continúa, "todos los demás pecados proceden de la flaqueza o de la ignorancia, pero el pecado de la blasfemia procede de la malicia". S. Juan Crisóstomo dice "no hay ningún pecado peor que la blasfemia" porque, como dice S. Jerónimo, "todo pecado comparado con la blasfemia es pequeño". Santo Tomás de Aquino dice que al igual que los santos en el Cielo, después de la resurrección, alabarán a Dios con sus lenguas, así también, los réprobos en el Infierno blasfemarán de Él con sus lenguas (*Summa* II-II, 13), y S. Antonio dice que el que consiente en el vicio de la blasfemia

pertenece ya, al número de los condenados, a causa de que practica su arte. (Tomado en su mayor parte del Sermón de S. Antonio María de Ligorio).

(42) Finalmente, debemos advertir contra el uso de esta forma de plegaria (o lo que sería lo mismo contra cualquier esfuerzo serio en la vida espiritual) sin la dirección adecuada. La idea misma de una metodología en la vida espiritual ofende a la "mente moderna", la cual está en rebelión contra la autoridad, contra la razón, y contra la disciplina. La mente moderna, por encima de todo, desea "sentir", pues al sentir hace de si misma —de su egoidad— el criterio de su propio estado de alma, y la sensación no requiere ni pensamiento ni disciplina. *De gustibus non est disputantum* —uno no puede disputar sobre cuestiones de gusto personal. El modernista olvida que S. Juan Bautista clamaba (como en el desierto del mundo moderno) *"preparad la vía del Señor"*. Olvida que el Adviento debe preceder a la Navidad, y que el Adviento es una estación penitencial. Puede admitir la necesidad de una metodología en la ciencia, en los negocios, o incluso en la locura, pero niega su papel en la religión. El amor y la fe son reducidos a "sentimientos" y el sentimiento nunca puede ser metódico. ¿Cuál es entonces esta preparación que debe preceder a la venida de Cristo?. Es el entrenamiento de la voluntad, el cual requiere obediencia, disciplina y virtud. Es el entrenamiento del intelecto, el cual requiere el abandono del Orgullo (de la egoidad), de la Ignorancia y de la Pereza intelectual. Y si no tiene que haber ningún método, tampoco tiene que haber ninguna dirección. Cada quien tiene que ser su propio director espiritual, y se ha olvidado enteramente el hecho de que una persona que es su propio legislador, tanto en este mundo como en el otro, "tiene a un necio por abogado". (Un adagio oriental afirma que "un hombre que es su propio director espiritual tiene al Diablo por guía"). Entrar en la vida espiritual sin un guía es ignorar las palabras de Cristo —que el ciego no puede conducir al ciego; es ignorar las repetidas advertencias de casi todos los santos, incluyendo a S. Juan de la Cruz y a Santa Teresa de Avila; es ignorar los consejos evangélicos incorporados en todos los catecismos tradicionales. Todo esto resulta, como dice Filón, en una persona "que vaga en el laberinto de sus propias opiniones personales". Ciertamente, es jugar el papel de Eva en el Jardín del Edén y en todo el sentido de la palabra, "jugar con fuego". "Todo cuanto se hace sin la aprobación de tu padre espiritual" —como dice S. Bernardo— "debe ser imputado a la vanagloria y por lo tanto no tiene ningún mérito" (*Comentario. sobre el Cantar de los Cantares)*.

(43) Concluyamos incluyendo la plegaria del Nombre de Jesús de S. Anselmo, tomada de su Segunda Meditación:

Líbrate del temor entonces, oh pecador, respira libremente y no desesperes. Espera en Aquel a quien temes. Vuela a Aquel de quien has surgido. Invoca asiduamente a Aquel contra quien has pecado en tu orgullo. Oh Jesús, Jesús, haz en mi acordemente a tu Nombre. Oh Jesús, puedas Tú perdonar a este pecador lleno de orgullo, ten piedad de esta miserable persona que invoca tu dulce Nombre; oh Nombre delectable, Nombre de bienaventurada esperanza, Nombre que es el confortador de los pecadores. ¿Pues qué es Jesús, si Él no es un Salvador?. Por lo tanto, oh Jesús, muéstrate por lo que Tú eres y sé para mi un Salvador. Tú no me has hecho a fin de que yo perezca; Tú no me has redimido a fin de que yo sea condenado; Tú no me has creado por Tu bondad infinita a fin de que Tu obra sea destruida por mi iniquidad. Te suplico, oh Bondadosísimo, que no permitas que perezca a cuenta de mis pecados. Muéstrate, oh benignísimo Jesús, por lo que Tú eres y oblitera en mi todo cuanto es extraño a Ti. Oh Jesús, Jesús, ten piedad de nosotros mientras hay todavía tiempo para la misericordia, a fin de que no seamos condenados el día del juicio. ¿De qué te sirve a Ti mi sangre?. ¿De qué te sirve a Ti que yo sea condenado a la condenación eterna?. "Los muertos no te alaban, oh Señor, ni ninguno de los que bajan al infierno" (Salmo XCIII). Si Tú me admites a la plenitud de Tu seno misericordioso, por eso no devendrá menos capaz a causa de mí. Por lo tanto, admíteme, oh deseabilísimo Jesús, admíteme a la compañía de Tus elegidos, a fin de que yo pueda alabar-Te, saborear-Te, y dar-Te gloria junto con aquellos que aman tu Nombre. Tú, oh Jesús, que con el Padre y el Espíritu Santo reinas por los siglos de los siglos, Amén.

JESÚS-MARÍA.